



XIV

LA EXPOSICIÓN

SOBERBIO!...
— Un éxito colosal. Varye no ha hecho nunca nada como esto.

— ¿Y el busto del Nabab?... ¡Maravilloso! Quien goza de veras es Constanza Crenmitz. Mírala allí cómo trota...

— ¡Cómo! ¿aquella anciana de manteleta de armiño es la Crenmitz?... Yo que la daba por muerta hace veinte años.

— ¡Oh! no, viviente, y viviente de veras.

Encantada, rejuvenecida por el triunfo de su ahijada, quien decididamente se lleva la palma en la Exposición, Constanza corretea por entre la multitud de artistas, de aficionados que se apiñan en los dos puntos en donde están expuestos los envíos de Felicia, como dos masas de hombros negros, de tra-

jes de señora multicolores, y se empujan unos á otros y se ahogan para llegar á la primera fila. Constanza, ordinariamente tan tímida, no pára hasta llegar á ella, pone oído en las discusiones, coge al vuelo frases sueltas, fórmulas que graba en su memoria, aprueba con la cabeza, sonríe, se encoge de hombros cuando oye alguna tontería, tentada de embestir al primero que se atreva á no admirar.

Unas veces la Crenmitz, otras veces otra que no es la Crenmitz, no hay inauguración de Salón en la cual no aparezca esa silueta furtiva que da vueltas en torno á las conversaciones, con aire ansioso, atento el oído; á veces un anciano que á la legua se ve que es un padre y que os da las gracias con la vista por la crítica lisonjera que oye al paso, ó pone cara contristada al oír el epígrama que se asesta contra la obra de arte y que detrás vuestro va á herir un corazón. Una figura de que no podrá prescindir por concepto alguno el pintor que, enamorado de lo moderno, sienta algún día la tentación de fijar en una tela esa manifestación típica de la vida parisiense, una apertura de exposición en ese vasto invernadero de la escultura, con sus paseos enarenados de amarillo, su inmensa techumbre acristalada cabe la cual destacan á la mitad de la altura las galerías del primer piso adornadas de flotantes colgaduras improvisadas y de cabezas que se inclinan para mirar.

La luz, tamizada por los cristales, penetra amortecida, y acrecienta su palidez al reflejarse en el verde tapiz que cubre las paredes, el cual parece como que le rarifique los rayos para difundir por igual en todo el recinto una especie de claridad misteriosa; la multitud va y viene poco á poco, se detiene, dispérsase por los bancos, forma grupos en los cuales, mejor que en otra reunión alguna, se confunden las clases todas de la sociedad, de igual suerte que la estación, variable y caprichosa en esta época del año, amalgama toda suerte de trajes, roza con los encajes negros la cola imperiosa de la gran dama que viene á ver el efecto de su retrato, y las pieles sibericas de la actriz que vuelve de Rusia y se pirra porque todo el mundo lo sepa.

Aquí ni palcos, ni bañeras, ni asientos reservados, de donde nace el singular encanto de curiosidad que tiene este estreno á la luz del día. Las verdaderas damas del

gran mundo tienen ocasión de juzgar de cerca esas bellezas pintadas, tan aplaudidas á la luz artificial; el sombrerito de nueva forma de las marquesas de Bois l'Héry alterna con el más que modesto prendido de alguna mujer ó hija de artista, á tiempo que la modelo que sirvió para esa bonita Ariadna de la entrada cruza victoriosamente, vestida con unas sayas más cortas de lo regular, miserable envoltura echada encima de su belleza con todos los falsos pliegues de la moda. Y todo es estudiarse, admirarse, echar pestes los unos de los otros, cambiar miradas despreciativas, desdeñosas ó curiosas, detenerse de pronto al paso de una celebridad, de algún crítico ilustre que con andar tranquilo y majestuoso, y contoneando su acentuada testa que encuadran luengos cabellos, da la vuelta á los envíos de escultura, seguido de una docena de discípulos jóvenes pendientes con avidez de su benévola autoridad. Si es verdad que el ruido de las voces se apaga en la inmensa nave, sonora únicamente en sus dos arcos de entrada y de salida, en cambio las fisonomías adquieren una intensidad singular, un relieve de movimiento y de animación concentrado sobre todo en el vasto recinto negro de la sala de refrescos, rebosante y gesticulador, con los sombreros claros de las señoras y los blancos delantales de los criados brillando sobre el fondo de los trajes oscuros, y más especialmente todavía en la gran crujía central, en la cual el hormigueo de viñeta de los paseantes contrasta de un modo singular con la inmovilidad de las estatuas, con la palpación insensible que envuelve su blancura calcárea y sus movimientos de apoteosis.

Alas gigantescas sorprendidas en la plenitud de su vuelo, una esfera sostenida por cuatro figuras alegóricas cuya movida actitud ofrece como una vaga reminiscencia de un compás de vals, un equilibrio de conjunto que produce la ilusión del movimiento rotatorio de la tierra; brazos que se levantan señalando, cuerpos que se incorporan heroicamente, encerrando una alegoría, un símbolo que los marca con el doble sello de la muerte y de la inmortalidad, que los restituye á la historia, á la leyenda, á ese mundo ideal de los museos que visitan la curiosidad ó la admiración de los pueblos.

Aun cuando el grupo en bronce de Felicia no tenía las pro-

porciones de esas obras gigantescas, su mérito excepcional le había valido un puesto de honor en una de las encrucijadas centrales, de la cual se mantenía apartado el público en aquel momento á una distancia respetuosa, mirando por encima del cordón de guardias y agentes municipales al Bey de Túnez y su comitiva, grupo de largos albornoces caídos en pliegues esculturales que les hacían parecer estatuas vivientes en aquel mundo de estatuas. El Bey, que estaba en París desde algunos días y era el rey de todos los estrenos, había querido asistir también á la apertura de la Exposición. Era «un príncipe ilustrado, protector de las artes» que poseía en el Bardo una galería de pinturas turcas espeluznantes y de reproducciones cromo-litográficas de todas las batallas del primer imperio. Ya al entrar, y de paso, le había llamado la atención el magnífico galgo árabe. Era un *slugui* acabado, el verdadero *slugui* fino y nervioso de su país, compañero inseparable de todas sus cacerías. El Bey se reía, palpaba el lomo del animal, acariciaba sus músculos, parecía como si quisiese azuzarle todavía más, mientras que con la nariz dilatada, los dientes al aire, adelgazados é infatigables los miembros todos en su elasticidad vigorosa, la bestia aristocrática, la bestia de presa, á la cual enardecen el amor y la caza, ebria de su doble embriaguez, los ojos á hito, saboreaba ya su captura con la punta de la lengua que colgaba con risa feroz por entre sus afilados dientes. Á no fijarse más que en él, la victoria parecía suya. Pero la vista de la zorra tranquilizaba por completo. Felina, rozando cuasi el suelo, en un escape de una espontaneidad avasalladora, debajo del bruñido terciopelo de su grupa sentíase palpar á la hechicera, y su cabeza fina de orejas puntiagudas las cuales aguzaba, corriendo, en dirección del galgo, mostraba una expresión de irónica seguridad, indicio evidente del dón que recibiera de los dioses.

Mientras un inspector de bellas artes que había acudido apresuradamente, calyo hasta la nuca, y con el uniforme mal pergeñado, explicaba á Mohamed el apólogo de «El perro y la zorra», anotado en el catálogo con la leyenda: «Sucedió que se encontraron,» y la indicación: «Adquirido por el duque de Mora», el obeso Hemerlingue, sudado y jadeante al lado de la Alteza, pasaba la pena negra para persuadirle de que aquella escultura magistral era obra de la

bella amazona que el día antes habían encontrado en el Bosque de Bolonia. ¿Cómo la débil mano de una mujer podía doblagar de aquella suerte la dureza del bronce y darle la apariencia de la carne? De todas las maravillas de París, era aquella la que más asombraba al Bey. Así, se informó con el funcionario acompañante de si había algo más que ver del propio artista.

—Sí, monseñor, y otra obra maestra... Si vuestra Alteza se digna venir por este lado podrá verla.

El Bey volvió á ponerse en marcha seguido de su acompañamiento. Eran todos tipos de primer orden, facciones cinceladas y líneas irreprochables, rostros de una palidez caliente cuyos reflejos absorbía del todo la blancura de los jaiques. Sus holgadas envolturas les hacían contrastar con los bustos puestos en fila á entrambos lados de la avenida que habían tomado, los cuales, encaramados en sus altas columnitas, recorriendo el vacío con sus desmedradas siluetas, desterrados de su centro natural, del conjunto de cosas entre las cuales hubieran recordado sin duda alguna grandes empresas, una afección profunda, una vida laboriosa y esforzada, tenían el aire mohíno del que anda extraviado, y parecía como si les pesase estar allí. Fuera de dos ó tres figuras de mujer, de mórbidas espaldas que se perdían entre el petrificado encaje, de cabelleras marmóreas reproducidas con esa especie de molleza que les da una levedad como de peinado empolvado, y de algunos perfiles de niño, sobrios de líneas, en los cuales la tersura de la piedra semeja la morbidez de la vida, todo lo demás no era sino un conjunto de arrugas, pliegues, muecas y crispaduras, nuestros excesos de trabajo, de movimientos, nuestras nervosidades y nuestras fiebres, opuestas de todo en todo á ese arte de reposo y de bella serenidad.

Á lo menos la fealdad del Nabab tenía en su favor la energía del tipo, su sello aventurero y acanallado, y la expresión de bondad, tan acabadamente sorprendida por la artista, quien había tomado la precaución de dar al yeso una capa de ocre que imitaba el tono atezado y curtido del modelo. Los árabes, al verlo, prorrumpieron en una exclamación al punto ahogada: « Bou-Said... » (el padre de la dicha). Era el sobrenombre del Nabab en Túnez, como la etiqueta de su buena suerte. El Bey, creyendo que se le había querido jugar una

mala treta con llevarle frente á su odiado mercachifle, miró al inspector con desconfianza.

—¿ Jansoulet?... dijo con su voz gutural.

—Sí, Alteza, Bernardo Jansoulet, el nuevo diputado por Córcega...

Al oír esto, el Bey, frunciendo el entrecejo se volvió á Hemerlingue:

—¿ Diputado?

—Sí, monseñor, desde esta mañana; pero falta todavía mucho que correr.

Y el banquero, alzando la voz, añadió medio tartamudeando:

—Una Cámara francesa no puede admitir nunca en su seno á un aventurero semejante.

Así y todo, la fe ciega del Bey en su barón banquero había recibido un duro golpe. Le había asegurado tan terminantemente que no sería elegido nunca, que no había de guardarle contemplación alguna ni andar con escrúpulos para con él! Y he aquí que en vez del hombre desprestigiado, desacreditado, surgía á su vista un representante de la nación, un diputado cuyo retrato en escultura acudían á admirar los parisienses; porque para el Oriental, quien, á pesar de todo, hallaba algo de honorífico en aquella exhibición pública, el busto tenía el prestigio de una estatua erigida en una plaza. Más lívido aún que de costumbre, Hemerlingue se acusaba á sí propio de torpe y de imprudente. Pero ¿ cómo prever lo que había sucedido? Le habían dado por seguro que el busto había quedado sin concluir. Y la verdad era que no estaba allí sino desde aquella mañana, y que parecía encontrarse muy á su gusto según estaba de satisfecho y de enorgullecido, y según parecía bafarse de sus enemigos con la sonrisa bonachona de su labio arremangado. Una verdadera revancha muda del desastre de Saint-Romans.

Durante algunos minutos el Bey, tan frío, tan impasible como la imagen esculpida que tenía delante, permaneció contemplándola fijamente sin decir una palabra, con el entrecejo fruncido por una arruga vertical en que únicamente sus cortesanos podían leer su cólera; luego, después de haber dicho rápidamente dos palabras en árabe para pedir los coches y reunir su séquito disperso, se dirigió con paso grave hacia la puerta de

salida sin querer ver nada más... ¿Quién sabe lo que pasa en esos cerebros augustos ahitos de poder? Nuestros soberanos de Occidente llegan á tener caprichos inexplicables; pero no son nada en comparación con los caprichos orientales. El señor inspector de Bellas Artes que esperaba poder enseñar toda la Exposición á su alteza y calzarse con ese paseo la linda venera encarnada y verde del Nicham-Jftikahr, no averiguó jamás el secreto de tan inesperada fuga.

En el preciso momento en que desaparecían por el pórtico los jaiques blancos, y á tiempo de ver flotar sus últimos pliegues, el Nabab entraba por la puerta del centro. Había recibido aquella mañana la noticia: *Elegido por una imponente mayoría*; y tras un copioso almuerzo en el cual se había brindado á diestro y siniestro por el nuevo diputado corso, venía con algunos de sus convidados á dejarse ver y á verse al propio tiempo, á gozar de toda su nueva gloria.

La primera persona á quien vió al entrar fué Felicia Ruys, en pié, reclinada en el zócalo de una estatua, rodeada de homenajes y de cumplidos á los cuales se apresuró á añadir el suyo. Iba ataviada muy sencillamente, con un vestido negro, bordado, y cuajado de azabaches, de una severidad templada el cruce de los lucientes reflejos y por el brillo de un sombrero encantador todo él cubierto de plumas de lofoforo, cuyos cambiantes parecía como si se continuasen y suavizasen en sus cabellos que asomaban en leves rizos por la frente y caían por la nuca partidos en anchas ondas.

Una porción de artistas y de aficionados pululaban al rededor de tanta belleza unida á tanto genio; y el bueno de Jenkins, con la cabeza descubierta, y deshaciéndose en efusiones calurosas, iba del uno al otro reclutando entusiasmos, pero ensanchando el círculo en torno de aquella gloria juvenil de la cual se había constituido á un tiempo en guardador y corifeo. Mientras tanto su mujer departía con la joven. ¡Pobre señora Jenkins! Se le había dicho con esa voz feroz de ella tan solamente conocida: «Es menester que vayáis á saludar á Felicia...» Y había ido á saludarla, conteniendo su emoción; porque, aun cuando evitase toda suerte de explicaciones, temerosa del resultado, sabía ya á la sazón lo que había escondido dentro de aquel cariño paternal.

Después de la señora Jenkins, ahí llega el Nabab, quien

agarrando entre sus fornidas patas las luengas y finas manos enguantadas de la artista, manifiesta su reconocimiento con una cordialidad que llega á hacer asomar las lágrimas á sus propios ojos.

—Es un gran honor, señorita, el que me habéis dispensado asociando mi nombre con el vuestro, mi humilde persona con vuestro triunfo, y probando á toda esa cáfila de reptiles que se arrastran para roerme los talones, que no creéis en las calumnias con que tratan de zaherirme. Esas cosas no se olvidan nunca. Aunque cubra de oro y de diamantes ese magnífico busto, nunca podré pagaros lo que para mí vale...

Afortunadamente para el Nabab, más sensible que elocuente, fuerza le es dejar sitio á cuanto atrae el talento en su apogeo, la personalidad en boga: entusiasmos frenéticos que, á falta de una palabra que los exprese, desaparecen como vinieron; admiraciones cortesanías, llenas de buena voluntad, del vehemente deseo de hacerse agradables, pero que llevan en cada palabra una ducha de agua fría; y con ellas, los sólidos apretones de manos del rival y del camarada, abiertos los unos, otros que comunican la blandura de su contacto; el pedante lleno de pretensiones que se figura que ha de hacer desmayar de gusto con sus estúpidos elogios y que, para que el desmayo no pase á muerte, los tempera con «algunas pequeñas observaciones,» y el otro que entre un diluvio de cumplidos os prueba que no sabéis la primera letra del oficio, y el buen chico que cruza atareado y se detiene no más que el tiempo necesario para deciros al oído que «Fulano, el gran crítico, parece que no está del todo satisfecho.» Felicia escuchaba todo ese batiburrillo en la mayor calma, elevada por su triunfo por cima de las mezquindades de la envidia, y enorgullecida visiblemente cuando algún veterano glorioso, algún antiguo compañero de su padre le echaba al pasar un «bravo, chiquilla,» que la transportaba á su niñez, á aquel rinconcito reservado para ella en el taller de su padre, cuando empezaba á labrarse su cacho de gloria en la nombradía del gran Ruys. Pero en definitiva las felicitaciones la dejaban bastante fría, porque le faltaba una que prefería á todas las demás juntas y que le extrañaba no haber recibido todavía... Decididamente pensaba en él más de lo que había pensado nunca en hombre alguno. ¿Era, por fin, el amor, el verda-

dero amor, tan raro en un alma artista incapaz de rendirse por entero al sentimiento, ó era tan sólo un ensueño de vida honesta y casera, al abrigo del tedio, de ese monótono tedio, precursor de tempestades, que tantos motivos tenía para temer? Fuese lo que fuese, la engañada era ella misma, que vivía desde hacía algunos días en un estado de perturbación deliciosa, porque es tan poderoso, es tan bello el amor, que aun sus sinónimos, sus espejismos nos embaucan y llegan á conmovernos tanto como él mismo.

¿No os ha sucedido nunca, al ir por la calle preocupados por la idea de un ausente á quien queréis mucho, que á lo mejor os avisa su próximo encuentro el de personas que vagamente se le parecen, imágenes preparatorias, bosquejos de un tipo que va á surgir al punto á vuestros ojos, y que brotan de entre la multitud como sucesivos estímulos de vuestra sobrexcitada atención? Son impresiones magnéticas y nerviosas de que no hay que burlarse mucho porque constituyen una facultad de sufrimiento. Ya, más de una vez, en la oleada siempre renovada y nunca tranquila de visitantes, había creído Felicia reconocer la cabeza rizada de Pablo de Géry, cuando de pronto dió un grito de alegría. No era aún él, con todo, pero era álguien que se le parecía mucho, álguien cuya fisonomía regular y apacible se mezclaba siempre á la sazón en su pensamiento con la del amigo Pablo por efecto de un parecido, más que físico, moral, y de la suave autoridad que entrambos ejercían en su modo de pensar.

«Alina.

—Felicia.»

Si no hay cosa más problemática que la amistad de dos señoras del gran mundo que comparten el cetro de los salones y se prodigan los epítetos lisonjeros, las gracias de alfeñique de la afectuosidad femenina; en cambio, las amistades de la niñez conservan en la mujer una franqueza de movimientos que las caracteriza, que las hace reconocer entre todas las demás, lazos tejidos con el candor y la solidez de esas labores de muchacha en que una mano inexperta ha prodigado el hilo y los nudos gruesos, plantas nacidas en terrenos vírgenes, floridas y de raíces hondas, llenas de savia y de renuevos. ¡Y qué dicha, la mano en la mano—¿dónde estáis rondas de colegio?—retroceder unos cuantos pasos con idéntico cono-

cimiento del camino y de sus accidentes más pequeños, con idéntica sonrisa de enternecimiento! Apartadas á un lado, ambas jóvenes, á las cuales ha bastado hallarse la una frente á la otra para olvidar cinco años de alejamiento, dejan escapar á borbotones palabras y recuerdos, mientras el desmeдрado papá Joyeuse, con su rostro subido de color é ilustrado por una corbata nueva, se engalla al ver á su hija acogida de tal suerte por una notabilidad. Y en verdad que le sobran motivos de engreimiento, porque, aun al lado de su resplandeciente amiga, la sencilla parisiense, con sus veinte años aterciopelados y dorados que el placer del encuentro despliega como en fragante flor, conserva el atractivo de la gracia, de la juventud, de su luminoso candor.

—¡Cuán dichosa serás!... Yo no he podido aún ver lo tuyo, pero oigo decir á todo el mundo que es tan hermoso...

—Dichosa sobre todo de haberte encontrado, Alina mfa... ¡Tanto tiempo sin verte!...

—Y tal... Pero ¿quién tiene la culpa?

Y en el rincón más triste de su memoria Felicia lee la fecha de la ruptura, la cual coincide para ella con otra fecha en que, en una escena inolvidable, pereció su juventud.

—¿Y qué has hecho, querida, durante todo este tiempo?

—Yo nada... nada que valga la pena...

—Sí, sí, ya sabemos lo que significa para ti no hacer nada... Siempre el mismo corazón... Dar la vida por los demás, ¿no es esto?

Pero Alina no escuchaba ya. Sonreía afectuosamente á álguien que estaba delante de ella, y Felicia, volviéndose para ver á quién iba dirigida aquella sonrisa, reparó en Pablo de Géry que contestaba al tierno y discreto saludo de la señorita Joyeuse.

—Con que ¿también os conocéis?

—¿Que si conozco á de Géry?... Ya lo creo. Muchas veces hemos hablado de ti. ¿No te lo ha dicho nunca?

—Nunca... Es un matalas—callando de primera...

Y de pronto se detuvo, herida por una idea que cruzó por su mente como un relámpago; y sin parar atención en de Géry que saludaba su triunfo, acercóse con viveza al oído de Alina y se puso á hablarle en voz baja. La otra se ruborizaba, se defendía por medio de sonrisas, de palabras á media voz:

«¡Qué ocurrencia!... á mi edad... con mis obligaciones,» y se cogía finalmente del brazo de su padre para librarse de alguna broma amistosa.

Cuando Felicia vió á los dos jóvenes alejarse el uno al lado del otro, cuando hubo comprendido—cosa de que ellos mismos no se habían dado cuenta—que se amaban, sintió una especie de derrumbamiento á su alrededor. Luégo, una vez por tierra, hecho trizas su ensueño, púsose á patearlo con rabia... Al fin y al cabo tenía razón en posponerla á Alina. ¿Qué hombre serig podía atreverse nunca á dar la mano á la señorita Ruys? ¡Ella, un hogar, una familia, delirio y nada más!... Hija de una ramera, para ser algo, quieras que no, has de ser ramera...

El día avanzaba. La multitud, más activa, con algunos claros acá y acullá, comenzaba á escurrirse hacia la salida arremolinándose por última vez en torno de las obras más celebradas, ahita ya, un tanto fatigada, pero excitada todavía por aquella atmósfera saturada de electricidad artística. El sol, el encendido sol de las cuatro de la tarde, hacía arder los cristales del rosetón, estampaba en la arena de las avenidas resplandores de arco iris que se encaramaban suavemente por el bronce y el mármol de las estatuas, irisando la desnudez de algún hermoso cuerpo, dando al vasto museo algo de la vida luminosa de un jardín. Felicia, absorta en su profunda y triste divagación, no reparaba en el que hacia ella se dirigía, soberbio, elegante, fascinador, por entre la doble fila del público que le abría paso respetuosamente cuchicheando el nombre de «Mora.»

—Y bien, señorita, el éxito no podía ser mayor. Lo único que encuentro de más es el símbolo de malgusto que encierra vuestra magnífica creación.

Felicia, al ver al duque delante de ella, se estremeció.

—Ah, sí, el símbolo... dijo dirigiéndole una sonrisa desazonada; y apoyándose en el zócalo de la gran estatua voluptuosa junto á la cual estaban, con los ojos caídos de la mujer que se entrega ó se abandona, murmuró quedo, muy quedo:

—Rabelais mintió como mienten todos los hombres... La verdad es que la zorra no puede más, que agota las fuerzas y el aliento, que va á rendirse y que si el galgo sigue con tanto ardor...

Mora se estremeció, púsose más pálido de lo que estaba, agolpado en el corazón cuanto le quedaba de sangre. Cruzáronse dos llamaradas sombrías, cambiáronse rápidamente algunas palabras, y el duque, después de un profundo saludo, se alejó con paso ligero y volador cual si fuese llevado por los dioses.

En aquel momento no había en el palacio más que un hombre tan dichoso como él, y este hombre era el Nabab. Escoltado por sus amigos, llenaba él solo la gran crujía, hablando á gritos, gesticulando, satisfecho á tal punto que llegaba casi á parecer bello, cual si, á puro contemplar su busto con cándido arrobamiento, hubiese conseguido asimilarse algo de aquella espléndida idealización con que la artista había realizado la vulgaridad de su tipo. La testa, con un cuarto de inclinación, surgiendo del holgado cuello entreabierto, era objeto, por lo que al parecido atañía, de las más encontradas observaciones de los curiosos; y el nombre de Jansoulet tantas veces repetido por las urnas electorales, lo era una vez más por las bocas más lindas de París y por sus voces más importantes.

Á otro que no hubiese sido el Nabab, hubiérale sido molesto el tener que oír entre el público todo aquella serie de críticas, no todas favorables. Pero el tablado, el trampolín sentaban perfectamente á aquel temperamento que el fuego de las miradas enardecía, como esas mujeres que no son hermosas ó discretas más que en los salones, y á las cuales el menor asomo de admiración completa y transfigura.

Cuando sentía calmarse aquel delirante goce, cuando creía haber apurado hasta el fondo toda aquella embriaguez orgullosa, bastaba con que se dijese á sí propio: «¡Diputado!... ¡Soy diputado!» Y rebosaba en espuma la copa triunfal. Aquella idea significaba para él el alzamiento del embargo de sus bienes todos, el despertar de una pesadilla de dos meses, la ráfaga de mistral que había de barrer todas sus inquietudes, sus tormentos todos, aun la afrenta de Saint-Romans tan hondamente grabada en su memoria.

¡Diputado!

Jansoulet reía para sus adentros al pensar en la cara que habría puesto el barón al saber la noticia, y en el estupor del Bey al encontrarse frente á frente de su busto, y de pronto,

ante la idea de que no era ya tan sólo un aventurero forrado de oro que excita la estúpida admiración de la multitud como una enorme pepita en bruto exhibida en los aparadores de un cambista, sino que se miraba en él á uno de los elegidos por la voluntad nacional, su rostro bonachón y movable se contraía con estudiada gravedad, y acudían á su mente proyectos, reformas para el porvenir y propósitos de aprovechar las lecciones que el destino le había dado durante aquellos dos meses. Ya desde aquel punto, recordando lo que había prometido á de Géry, conplaciase por sistema en hacer la contra á toda aquella caterva de famélicos que pululaban en torno suyo, tratándoles con cierta desdeñosa superioridad. Hablaba á Bois-l'Héry sin cumplidos, hacía callar con malos modos al gobernador cuyo entusiasmo tomaba proporciones escandalosas, y se juraba á sí mismo que se desembarazaría cuanto antes de toda aquella bohemia gorrera y comprometedora, así que diese con el momento oportuno para poner en obra su plan. Rompiendo por entre la multitud que le obstruía el paso, Moëssard, el meliflúo Moëssard, corbata azul celeste, caído de color y abotagado como una escrófula, con un levitón ceñido como el de un figurín, al ver que el Nabab, después de haber dado veinte vueltas consecutivas por la sala de escultura, se dirigía hacia la puerta, plantóse á su lado y colgándose del brazo:

—Voy con vos, hemos de hablar...

En la última temporada sobre todo, desde que comenzó el período electoral, Moëssard había adquirido en la plaza Vendôme una autoridad casi igual á la de Monpavon, pero más cínica, porque en lo que toca á cinismo el amante de la reina no tenía rival en toda la acera que va desde la calle Drouot á la Magdalena. Pero esta vez erraba el golpe. El brazo musculoso que apretaba contra el suyo pegó una fuerte sacudida, y el Nabab le contestó secamente:

—Lo siento, querido, pero el carruaje está ocupado.

Ocupado un carruaje como una casa y en el cual no habían venido más que cinco.

Moëssard le miró estupefacto.

—Hubiera querido deciros dos palabras urgentes... sobre el billete consabido... Supongo que obrará en vuestro poder...

—Vaya, y M. de Géry os habrá contestado esta misma ma-

ñana... Lo que pedís es imposible. ¡Veinte mil francos! Ira de Dios que no paráis en barras.

—Me parece, sin embargo, que mis servicios... balbuceó el figurín.

—Os han sido satisfechos con usura. Así lo creo al menos. ¡En cinco meses doscientos mil francos! Si os parece bien haremos un alto. Joven, tenéis las uñas un poco largas y hay que limarlas bastante.

Hablaban andando, empujados por el oleaje de la salida.

Moëssard se detuvo.

—¿Estáis resuelto completamente?

El Nabab vaciló un instante; aquellos labios lívidos y respirando maldad le daban miedo; pero luégo, acordándose de la palabra que había dado á su amigo:

—Completamente resuelto.

—Pues bien, nos veremos, dijo el pollo Moëssard blandiendo su junquillo que silbó como una víbora, y dando media vuelta se marchó á paso largo como quien tiene que ir á algún punto para negocio muy urgente.

Jansoulet prosiguió su marcha triunfal. El incidente de Moëssard era muy poca cosa en día como aquel para destruir el equilibrio de su felicidad; muy al revés, la decisión ejecutiva con que había procedido le daba ánimo.

El inmenso vestíbulo rebosaba en un gentío compacto que la proximidad del cierre empujaba hacia afuera, pero que uno de esos chubascos repentinos que parecen el acompañamiento obligado de la apertura del salón retenía debajo de los pórticos, en el recinto enarenado que recuerda la entrada del Circo, allí donde se pavonea la pollería elegante. El golpe de vista era curioso y parisiense de pura raza.

En el exterior, rayos de sol que, hendiendo la lluvia, arponeaban los diáfanos hilos de agua con esas hojuelas agudas y brillantes que justifican el modismo: «llueven alabardas»; la vegetación reciente de los Campos Elíseos, los grupos de rododendros susurrantes y mojados, los carruajes alineados en la avenida, los abrigo lustrados de los cocheros, los espléndidos jaeces de los caballos que con el sol y el agua duplicaban la riqueza de sus efectos de luz, y el azul asomando por todos lados, el azul de un cielo que sonríe por entre los claros de nubarrón á nubarrón.

En el interior, risas, charlas, saludos, impacencias, faldas recogidas, rasos que se ahuecan y dejan en descubierto los acanalados de las enaguas y el listado voluptuoso de las medias de seda, franjas, blondas, volantes arrebujados con una mano en líos rasgados por un laberinto de pliegues... Y para enlazar las dos mitades de ese conjunto, los sorprendidos infraganti dentro del marco que forma la bóveda del pórtico, y en la oscuridad de su sombra, con el inmenso fondo bañado en luz, lacayos con paraguas yendo y viniendo, nombres de cocheros, nombres de dueños á los cuales se llama, cupés que se van acercando al paso, que se llenan de parejas azoradas.

—¡El carruaje de M. Jansoulet!

• Todo el mundo se volvió, pero ya es sabido que él no se apuraba por tan poca cosa. Y mientras en medio de todas aquellas elegancias, de todas aquellas notabilidades, de aquel todo París que se encontraba allí reunido con un nombre que poner en cada uno de sus componentes, el bueno del Nabab, en espera de sus compañeros, se cuadraba para que todo el mundo le viese, una mano nerviosa y correctamente enguantada cogió la suya, y el duque de Mora, que se dirigía á su cupé, le dijo de paso, con la efusión que aun á los más reservados da la dicha:

—Mi enhorabuena, querido diputado...

Esto dicho en alta voz y de manera que todo el mundo pudiera oirlo: « Querido diputado.»

Hay en la vida de cada hombre un momento de oro, una cima luminosa en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto á prosperidades, á goces, á triunfos. La cumbre es más ó menos elevada, más ó menos áspera é inaccesible, pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay sino que, á la manera de ese día más largo del año en que el sol agota todos sus bríos y cuyo mañana parece un primer paso hacia el invierno, ese *summum* de las existencias humanas no dura más que un solo momento, después del cual no cabe sino bajar. ¡Pobre Nabab! Recuerda bien esa última hora de la tarde del primero de mayo, listada de lluvia y de sol; graba para siempre en tu

memoria su esplendor efímero. En aquel punto alcanzaste la plenitud de tu verano; las flores se deshacían en perfumes, doblábanse las ramas al peso de la dorada fruta, los campos eran cielo de espigas cuyos granos tirabas tú tan miserablemente. Pero tu estrella comenzará á palidecer, poco á poco irá borrándose y descendiendo á su ocaso; pronto sus destellos no conseguirán romper las lúgubres tinieblas en cuyo seno va á cumplirse tu destino.

